

ANÉCDOTAS DE UNA VIDA

A lo largo de nuestra común vida activa (tengo que advertir que procedo del Banco Exterior de España) surgen numerosas anécdotas, que quedan grabadas en nuestra mente, y que en muchos casos nos ayudan para perpetua memoria de las cosas. Te pones a pensar y te salen para todos los gustos, para todas las situaciones, y para todas las épocas. Si comparamos unas con otras, lo primero que se nos ocurre es hacer, naturalmente y en nuestro caso con carácter retroactivo, un *manual de usos y costumbres*, contemplándolo con la realidad que hoy nos rodea.

Estamos hablando de una época en la que los “enseres” gramaticales nos indicaban para qué servía el libro de calamazo; el copiativo; la “chifri”, o el “chifré”, según zonas; el comodín de abono; y años posteriores aparecieron la “previa” y el “alcance”, en cuanto a maneras de contabilizar.

Cuando un paciente pasa unos días en un hospital, se le enfrasca en un pijama; la mayoría de las veces parece más bien un atrezzo de las películas de Chaplin, pues la prenda no es de su talla, e incluso la talla del pantalón, *pesquero o rastrero*, no se corresponde con la de la chaquetilla, a veces *torera*, a veces *rapera*. Se sobreentiende, el pijama institucional. Nuestro pijama institucional no encaja aquí porque carecía de crecimiento *salvaje*: nuestro pijama institucional lo constituía el traje y la corbata, casi sin excepción, además del de los subalternos, con ligeras diferencias entre sí (conserjes, subconserjes, vigilantes de seguridad –de plantilla-, ordenanzas, cobradores, conductores-mecánicos y botones). Nuestra indumentaria era adquirida en “El Corte Inglés”, o establecimientos similares, con cierto sentido del gusto y elegancia de cada uno, salvo los uniformados que acudían, por cuenta del banco, a una sastrería especializada, entrándoles en el lote hasta los zapatos. Eran tiempos pretéritos en que a nadie se le ocurría –ni se atrevía- utilizar el término “incorrectamente político”. Recuerdo perfectamente el mejor convenio colectivo, a mi entender, del que disfrutamos. Se firmó en Septiembre de 1970, y con tan sólo 6 meses en plantilla percibí 10.539 pesetas de atrasos; una barbaridad para la época, y como no sabía qué hacer con tanto dinero, me aberturé una cuenta de ahorros ... Durante muchos años se solía estar destinado (muchos estuvieron destinados en la misma oficina durante toda su vida laboral) en la misma sucursal (estuve 18 años en la misma), siendo la relación con los clientes muy estrecha y duradera. Siempre he pensado que, de esta manera, el cliente era más perdurable, reinando la fidelización, porque se le cambiaba al personal menos veces del puesto de trabajo o destino, y aquello era bueno en muchos aspectos ... Recuerdo una anécdota que me contó un eficiente jefe, que ahora tiene 87 años, y que le ocurrió en 1949: una mañana, muy cargado de trabajo, se le pasó la hora del café, apareciendo por el bar, donde acudía a desayunar cada día, a las 12,50 horas. El camarero, sorprendido por la hora, le dijo que

era más propio que paladeara una cervecita, a lo que éste le contestó que sí, que le sirviera, mejor, una cerveza. El momento coincidió con la aparición del mando que le había dado permiso para *tomar café*, espetándole éste que le había dado permiso para eso, para tomar café, y no otra cosa. Esto hoy parece surrealista...

Ajena a nuestro banco, pero merece la pena narrarla, un amigo de mi padre, residente en Coria del Río, me contaría, en los años sesenta (ignoro en que banco ocurrió, pero ocurrió), que a un parroquiano del medio rural le tocó un premio importante de lotería, acudiendo a su sucursal para hacer efectivo el mismo (parece que con la intención de llevarse el dinero y guardarlo en su casa). Allí, naturalmente, le dieron un resguardo del ingreso. No conforme con la entrega del documento, comenzó, voz en grito, a reclamar su dinero, pues él no lo había visto, preguntando insistentemente dónde estaba su dinero, que él quería su dinero, no un papelito. Como no había forma humana de convencer al interfecto, tuvieron que abrirle la cámara acorazada y decirle: “¡mire usted!, todo aquello que hay allí es suyo”, a lo que, ya más calmado, refirió que se lo guardaran bien para que no se lo robaran.

Entre las anécdotas propias, vividas en el banco, he seleccionado unas pocas, intentando que todas las narradas encuentren sitio en esta publicación. Naturalmente se han cuidado nombres y detalles indiscretos, basados por código ético y lo que hoy se denomina protección de datos. Entre las elegidas referiré, en primer lugar, una ocurrida cuando se comenzaron a implantar los nuevos medios de pago. La primera sería la VISA (llamada en la época, por cierto, “la tarjeta del Banco de Bilbao”), al tratarse del primer banco que la comercializó. Los estadillos, en mi banco de origen (en es caso me refiero a los de VISA), llegaban a la oficina, desde el Centro Electrónico, y allí se ensobraban y enviaban a los clientes a su domicilio. Buscando una documentación me topo con el estadillo mensual de un buen cliente y amigo, leyendo, no sin sorpresa, que todas las transacciones provenían de clubes de alterne, salas de fiestas y establecimientos similares. Separo el estadillo de los demás y llamo al cliente a su casa, rogándole que se pasase por la oficina que tenía que entregarle unos documentos. Me dijo que al día siguiente iría su esposa a sacar dinero y que, de camino, se los entregara. Le dije que prefería que acudiese él solo a la hora que pudiera, que si estaba cerrado, yo lo esperaría. Cuando se presentó le comenté que me parecía algo violento que llegase aquello a su casa, y que para evitar supuestos problemas familiares, había optado por advertírselo previamente. El cliente, una persona extraordinaria, me dijo, sin inmutarse, que había estado aquí su jefe de Barcelona, y que le había dicho que lo sacara por la noche a lugares de ambiente, por lo que esperaba todo aquello, y aquí terminó todo, no sin antes agradecerme el gesto.

En otra ocasión, hace 44 años, estando en la sucursal de una pequeña localidad, somos invitada la plantilla entera a la inauguración de una asociación (creo que era una peña taurina), adaptando el jolgorio al horario de las 3 de la tarde para facilitarnos nuestra presencia. A eso de las 8 de la tarde, y con no sé cuantas copas de manzanilla en el cuerpo quien narra, comenzó a buscarnos por

todo el pueblo un cliente, ganadero, acudiendo a la celebración, donde le habían dicho que nos encontrábamos todos. El hombre apareció muy apurado, diciéndole al director que se le había presentado –sin avisar- un camión lleno de borregos y que antes de descargarlos necesitaba 300.000 pesetas para pagarlos, que si lo podíamos sacar del apuro. Naturalmente interrumpimos el guateque, dirigiendo nuestros pasos hacia el banco, abriendo la caja para sacar la cantidad requerida y prestarle servicio a nuestro cliente, que quedó agradecidísimo. Esto hoy día resultaría imposible de ejecutar, por la legislación y los sistemas, a lo que añado que, en ningún momento, se incumplieron las medidas de seguridad establecidas en la época.

Otro caso curioso ocurrió en una sucursal de la provincia de Córdoba, donde un modesto agricultor se presenta en el banco con la intención de aperturar una cuenta corriente. Durante los días posteriores se dedicó a mover mucho la cuenta, a ingresar cantidades ínfimas, 250 pesetas un día, al día siguiente saca 300 pesetas, al siguiente ingresa 125, al otro 75, más tarde saca 225 ..., hasta que llega el día que se presenta con la intención de solicitar un crédito de 200.000 pesetas. Y es que un conocido le había “asesorado” de que para poder pedir una “facilidad” -apelativo con el que se conocía antes a los créditos- había que llevar cierta antigüedad como cliente y “mover mucho” la cuenta.

Oficina Principal, Madrid, primera mitad de los años setenta, del siglo XX. Ante una devaluación del dólar, el mercado de divisas se vio alterado en su operatividad. Cuando se regularizó la situación, recuerdo que un día salimos a las 15 horas, once minutos. Hasta aquí todo normal, aunque el vigilante jurado nos había tomado nota de la hora de salida. Pero a finales de mes, cuando se abonó la nómina, observamos unos cuantos que nos habían abonado unas 300 pesetas más de lo debido, por entonces una cantidad no discreta. Comenzamos a comentar varios compañeros tal hecho, extraño y desconocido. Uno de ellos se acercó a Personal a preguntar y, tras las pertinentes consultas, le respondieron que correspondía a la parte proporcional de horas extraordinarias devengadas el día que se comenta más arriba. Increíble pero cierto.

Una muy fría mañana de invierno, en una oficina cercana a Sevilla, me traslado a la misma para resolver algo, llegando a la misma a eso de las 7,50 horas. La oficina estaba cerrada y con las luces apagadas. Debido al frío reinante llamo al timbre, por dos veces, por si acaso. Pasados unos segundos, comienzan a encenderse todas las luces, cuando aparece a abrir la puerta el director, medio en calzoncillos, subiéndose el pantalón, anteponiendo a los ¡buenos días! de rigor, la inesperada frase : “es que me venía cagando y no me ha dado tiempo ni a encender la luz”. En la misma oficina, en otra fecha, pero con los mismos actores: acudía a la misma todos los días una clienta divorciada que había pedido un crédito, y estaba llevando los papeles en cuentagotas. Al octavo día en que debía de acudir no pudo desplazarse, enviando a un señor desconocido a llevar el resto de la documentación solicitada. Sale del despacho el director con los papeles, camino de mi mesa, a dejar los documentos y le pregunto: ¿ y este quien es ?, a lo que, sin pausa, me responde: “yo que sé..., será el que le tapa el agujero”.

Una mañana bajo al sótano de una gran oficina, al “economato”, buscando unos impresos muy útiles pero, incomprensiblemente, en peligro de extinción. Buscando los impresos susodichos me topo, casualmente, con unos antiguos formularios de cartas de abono a clientes, utilizados para los negociables del Servicio Nacional del Trigo (luego Servicio Nacional de Cereales, terminando con la denominación de Servicio Nacional de Productos Agrarios –SENPA-), llamándome la atención que en el renglón superior a la antefirma, a manera de despedida, ponía: “Por Dios, España, y su Revolución Nacional Sindicalista, atentamente les saludamos”.

Finalmente por hoy (en otra próxima ocasión contaré algunas más) nos vamos a trasladar a la extinta sucursal de El Aaiún, capital del antiguo Sáhara Español (código de oficina 10 81 E, numeración que, por cierto, heredó años después del cierre de esta oficina, debido a la salida de España del territorio, la naciente sucursal de Tomares). El subdirector de la oficina se encontraba atendiendo a un cliente, nativo y propietario de un importante bazar, ante un tema largo de resolver. Para colmo, el cliente no dejaba de insistir, metiéndole prisa al compañero, porque tenía que coger un vuelo a Las Palmas (el aeropuerto distaba de la oficina cinco minutos). A todo esto, otro nativo saharauí aparece por la oficina, también cliente de confianza, y amigo del visitante, por lo que comienzan ambos el consabido saludo, formulario social y de cortesía, consistente en preguntarse mutuamente por toda la familia, uno a uno. Y tu madre ?, bien; y tu padre?, bien ; y tu hijo?, bien ; y tu hermano ?, bien ; y tu hermana, suegra, cuñado, sobrino, prima, yerno, nuera...? bien. Así hasta que termina toda la familia. Cuando termina el “cuestionario” comienza el otro la misma retórica. En el momento de la cortesía se interrumpe lo que ambos estén haciendo, teniendo pacienzudamente que esperar al comprador/vendedor la clausura ritual, con final feliz ya que por poquito el viajero pierde el avión.

En otra ocasión, como digo, continuaré con las anécdotas de una vida, si los lectores lo permiten.

Y colorín, colorado..., al final hemos llegado.

FRANCISCO J. GONZÁLEZ DEL PIÑAL JURADO

